

O'dami o tepehuanos

Los O'dham, “la gente” del extremo norte*

Blancas las nubes; blancos los cotones de algunos de sus hombres y el vestido de alguna de sus mujeres; blanco el queso matutino para acompañar a los elotes recién asados; blanca la luna que se divisa en el café servido en cajete de barro; blanco el sonido del gat y la diáfana voz de su ixcai cantador; blanca la madrugada y más blanca la cara de Ixcaitiungl que se adivina desde la punta de la cola del venado hasta su reluciente nariz recién humedecida. Blanca la cruz que se divisa lejos en lo alto del peñol que marca el horizonte...

San Andrés Milpillas —rescatando la tradición de su xiotal comunal ya desde antes de 1894, eliminado de su ciclo de vida y ahora, tras el entusiasmo del extrañado Agustín Castañeda y el esfuerzo pacífico y tenaz de don Lino— ha vuelto por sus fueros en lomos de una danza del venado que viene a unirlos con una “Gran Sonora” en que ha venido también erigiéndose el noroeste entero.

Pero aquí no es Sonora y Sinaloa, aquí es el Gran Nayar que, sin embargo, ha querido estrechar su fraternal abrazo de viejo guerrero al extremo sur, al menos, de la prodigiosa tierra de la pitahayita redonda en El Trébol II, ojalá y de cuatro hojas.

Mas ahora, entrambos El Sonteco, a la vera del río de Acaponeta, también hace lo propio para que el xiotal en él vuelva a reunir a los o'dham a la espera del Sol; y en la otra banda y en los llanos costeros piemontanos, San Diego del Naranjo también precisa guardar la tradición en medio de sus palmas de llano y sus hamacas.

¿Cómo no agradecer, pues, a Ixcaitiungl este prodigio del acertar a reunirnos en una ceremonia antigua? Y tan sentida, seguramente, que con todos los hombres y mujeres — quienes en los remotos tiempos de sus estancias cazadoras y recolectoras en África y Asia— se reunieron para maravillarse ante el Dios Fuego y descubrieron el sonido del gat en sus arcos de caza. Y no pudieron sino empezar a entonar una dulce melodía y cantar, así, tan quedito, tan armoniosa, ni empezar a bailar todos en círculo en suaves palmeteos pedestres sobre el piso de entorno.

¿Cómo no sentirse estrechamente unidos a estos seres amachinados en rescatar la tradición de sus “pasados”, mirando hacia el futuro con ojos más que esperanzadores ante los numerosos niños que ahí también danzan y se embelesan con la belleza de dicha ceremonia?

¿Cómo no querer decir que, en ese momento, la chuina es la más suculenta comida del universo, y sus blancas tortillas las más blancas, redondas, humeantes y bien cocidas que se hayan probado luego de esa noche?

¿Cómo no agradecer el macuchi ofrecido en hermoso chacuaco de barro y carrizo, y su uso comunal que puede revelarnos los secretos de nuestro compañero tepehuano que, en el tronco de junto, con parsimonia antes aspiró del sagrado vaho del tabaco de monte?

¿Cómo darles las gracias a los o'dham por su existir mismo y su empecinamiento en ser lo que son? Y por sus montañas, bosques y selvas; por sus mirasoles rosas y amarillos;

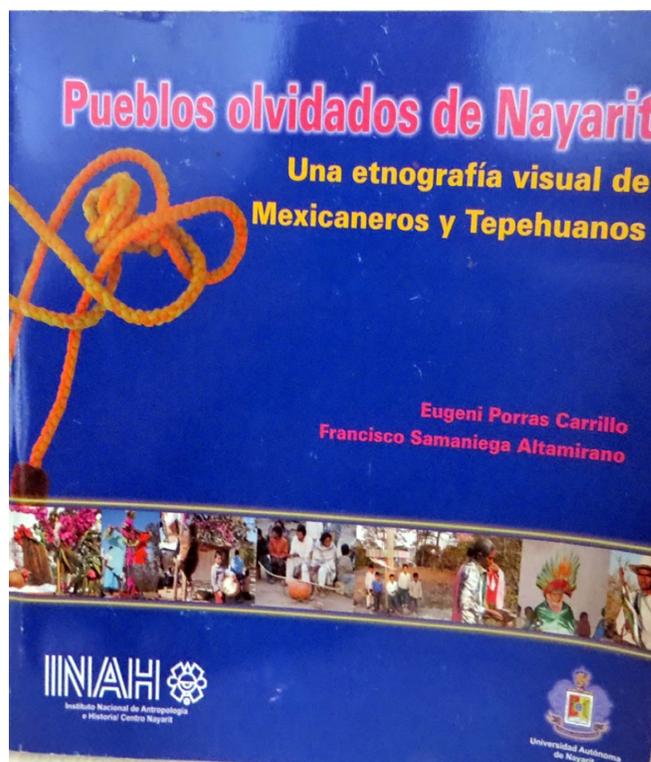


Figura 1. *Pueblos olvidados de Nayarit. Una etnografía visual de Mexicaneros y Tepehuanos*, año de edición 2006.

* Porras, E. y Samaniega, F. (2006). *Pueblos olvidados de Nayarit. Una etnografía visual de Mexicaneros y Tepehuanos*. Tepic: INAH Nayarit y Universidad Autónoma de Nayarit. Fragmentos del arqueólogo Francisco Samaniega con quien publiqué este libro; homenaje con sus palabras a todos los que me ayudaron, acompañaron y enseñaron en este itinerario.

por sus cómodos guangox; por sus baiimcar multicolores y sus elegantísimas mujeres.

¿Cómo no agradecerte, vida, por nuestro trabajo y, con él, por nuestra oportunidad de estar ahí, tan juntos como tan separados del resto de este mundo? Cómo no hacerlo sino en este escrito y estas fotografías que son para ustedes...

Los tepehuanes son gente de donde las montañas» en lengua náhuatl, así como “*òdham*” o “la gente” en su propia idioma. Hay 4 o 5 mil en número total, sólo en el Nayarit y su extensión mínima limítrofe sudsinalonense. Ocupan la porción central en su vertiente este de la Sierra Madre Occidental en los estados mexicanos de Chihuahua (municipio de Guadalupe y Calvo); Durango (municipios de la mitad occidental: Topia, Pueblo Nuevo, Mezquital); Nayarit (municipios de Huajicori y Acajoneta), y Sinaloa (El Trébol II, una localidad más bien reciente en el municipio de Escuinapa, sobre su límite con el nayarita municipio de Huajicori).

El territorio general tepehuano limita al noroeste con el de los pimas, yaquis y mayos; al norte, con el de los tarahumaras; al noreste y este, con el de los mestizos chihuahuenses y duranguenses; al oeste, con el de los mestizos sinaloenses, y al sur con el de los mestizos nayaritas y territorios septentrionales de los mexicaneros, coras, huicholes y tepecanos. Entre ambas porciones de tepehuanes del norte y del sur existe una amplia franja montañosa poblada, en su mayor parte, por serenos mestizos duranguenses.

Entre los tepehuanes del sur, las principales comunidades son las duranguenses Santa María Ocotán, San Francisco Ocotán, Santiago Teneraca y Taxicoringa, y apenas la de San Andrés de Milpillitas Grandes en el estado de Nayarit. Sin embargo, al interior de nuestro estado podemos distinguir —además de esta zona alta con importantes anexos como Madero, La Murallita, Limón del Río, Mesa de los Ricos, Llano Grande o Santa María Picachos— al menos otras tres subregiones tepehuanas correspondientes al cauce del alto río Acajoneta (con El Sonteco como su principal asentamiento, pero también con otros importantes núcleos en Guamuchilar, Quiviquinta y la capital municipal en el Pueblo de Huajicori); el cauce del alto río de Las Cañas (con el sinaloense El Trébol II como su principal nuevo asentamiento), y las región piemontana de las Llanuras Costeras (con San Diego del Naranjo como su principal núcleo en Acajoneta y San Juan Bautista en Rosamorada).

El *òdham* es un lenguaje relacionado con la familia Yuto-Azteca con dos variantes dialectales correspondientes al norte y al sur. La variante hablada en el Nayarit es la sureña. Seguramente esto es parte resultante de la gran migración de los nahuas desde el actual suroeste de los Estados Unidos y el noroeste de México, en un periodo que es difícil precisar con exactitud, pero que, según los lingüistas, corresponde al llamado Epiclásico mesoamericano, es decir, entre setecientos y novecientos años después de nuestra era.

Entre los estudios previos podemos citar vagas referencias en la senda descripción de la Nueva Galicia y la Nueva Vizcaya

de parte del entonces obispo Alonso de la Mota y Escobar en el siglo XVI, así como, enseguida por 1604, el recorrido por la región tepehuana del sur de fray Francisco de Barrio. Asimismo, ya de dicho siglo, están la aportación para los tepehuanes del norte de fray Andrés Pérez de Rivas; la relación de las idolatrías coras del tepiqueño fray Antonio Arias y Saavedra y la crónica miscelánea de fray Antonio Tello. Por tanto, el arribo a San Andrés Milpillitas del noruego Karl Lumholtz en 1895 puede ser considerado el primer acercamiento etnográfico a nuestra zona. Tras él, no es sino hasta que José Guadalupe Sánchez Olmedo elabora una etnografía más completa para el Instituto Nacional de Antropología e Historia —en buena medida lograda en San Andrés Milpillitas, aunque él en todo momento se refiera a los “tepehuanes de Durango”—, desde donde, hasta en fechas más recientes, vuelve a ser revisada dicha específica región nayarita.

¿Quiénes son los *Òdham*?

Aunque la presencia humana en el sur de la Sierra Madre Occidental ha sido calculada hacia diez o doce mil años antes de nuestra era, y aunque, a inicios de ésta, elementos de la tradición de Tumbas de Tiro han sido encontrados en las Marismas Nacionales piemontanas a la zona, la cultura Loma San Gabriel ha sido propuesta como el fundamento de los tepehuanes contemporáneos. Tras ésta, es claro que la tradición Aztatlán de la costa nayarita y sinaloense debió participar de la conformación cultural tepehuana a juzgar por la presencia de tan numerosos como amplios murales de petrograbados en la cuenca del río Acajoneta. Así, durante el siglo XVI, con el nombre de Sayahuecos son identificados los tepehuanes en esta zona, llegándose a afirmar que ocupaban todo el pie de la sierra, incluso hasta el volcán de San Juan, en la hoy región de San Blas. Se afirma que esta parte de la Sierra Madre Occidental fue explorada por los conquistadores Cristóbal de Oñate, José Angulo y Ginés Vázquez del Mercado quienes, en sucesivas expediciones, debieron vencer la fiera defensa de su territorio por parte de estos amerindios.

Tras ello y tras la toma de la provincia novogallega de Chiametla para la Nueva Vizcaya por parte de Francisco de Ibarra, un giro minero dio al traste con las poblaciones xiximes, acaxees, tubares y tepehuanas que habitaban dicha zona, dando pie al surgimiento de una región tepehuana del sur que, hasta cierto punto ajena a dicha dinámica, obtendría de la Rebelión de Chiametla la orden para la construcción del presidio y misión de Acajoneta a fines de la octava década del siglo XVI. Con fray Antonio de Medina al frente, esta misión daría paso al nacimiento de sus primeros pueblos nayaríticos. Enseguida, en la Nueva Vizcaya los tepehuanes pasaron por un relativamente largo periodo de inactividad conducidos hacia un rápido genocidio, resultado de su aprovechamiento como peones para las minas españolas, siendo así como fueron conducidos hacia una rebelión que terminó por poner en peligro

a la propia ciudad capital de Durango y que se extendió hasta Acajoneta. Muchos de ellos murieron en batalla en 1616 o fueron nuevamente replegados hacia las montañas, en nuestro caso, de Huajicori. De tal manera, si durante el siglo XVII la región al noroeste de Durango fue pacificada por los misioneros jesuitas, nuestra región sur permaneció en un estado de rebelión continua durante todo el periodo virreinal, incluso hasta fines del siglo XIX, a pesar de los esfuerzos de franciscanos como fray Andrés Segovia, fray Miguel de Uranzu, y fray Antonio Arias y Saavedra.

No sería entonces sino hasta la desamortización de tierras indígenas y eclesiásticas, ordenada por el nuevo estado de Jalisco —actualmente Nayarit, Jalisco y Colima—, que los tepehuanes habrían de finalmente formar parte de las fuerzas de Manuel Lozada, participando primero en la toma de Mazatlán para el imperio, pero fracasando en el segundo y último intento. Después de éste, gracias a una tímida presencia villista durante la Revolución, no fue sino hasta la “Cristiada” que los tepehuanes nayaritas habrían de seguir primero a su líder Dámaso Barraza y luego al mestizo acaponetense Porfirio Díaz Mayorquín, “El Pillaco”.

Pasada la crisis de agrarismo nayarita, la zona se vería poco afectada por el mesianismo manifiesto en el sector duranguense, hasta los arribos del Plan HUICOT en los años setenta, y por la organización de la UCEI a manos del luego asesinado sanandreseño Agustín Castañeda Rangel, cuya herencia —la reorganización amerindia del Gran Nayar y la recuperación del Xiotal comunal, por ejemplo— es recordada en su monumento.

¿Cómo son los O'dham?

Las costumbres de los tepehuanes nayaritas pueden variar de región en región, aunque reconozcan un único centro religioso en la figura de San Andrés Milpillas: habitan ya sea en la cuenca del río de Las Cañas, en la cuenca del río Acajoneta, en el bosque alto, en las barrancas interiores o en el pie de la-



Porras, E. (2005). Suenan la matraca ante la cruz vacía. San Andrés de Milpillas.

sierra occidental. Aun así, usualmente sus casas y edificios son construidos con una mezcla de cimientos de piedra y paredes de bajareque, piedras y argamasa de barro crudo, y los techos tradicionales son de un tipo especial de zacate. Llama la atención que la parte baja de las viviendas pueda constar de dos o más habitaciones interconectadas, pero cada una con su propio techo de cuatro aguas. En la montaña y las regiones altas, las casas son hechas enteramente de troncos de pinos, excepto por el techo, elaborado con zacate o restos de corteza, cada vez más sustituidos por láminas comerciales.

La vestimenta tradicional observa poco uso y se halla prácticamente restringida a las comunidades aisladas más orientales del este huajicorense; en ellas, más bien suelen portarla las mujeres. Las ropas tepehuanas constan, en el caso del hombre, de camisas, calzón largo, sombrero y huaraches. Los dos primeros se elaboran en manta. La camisa es de manga larga con ligeros adornos geométricos en cuello y puños con pespuntos de hilos de color azul, rojo o verde. La usan suelta, y es tan larga que puede llegar hasta las rodillas. Es común que usen paliacates comerciales amarrados al cuello. Las mujeres O'dham o Tepehuanas visten falda amplia con adornos de listón de colores o encajes blancos o negros y amplios pliegues, blusa de manga larga y adornos similares en el peto, cuello y puños (contrastando los colores brillantes de ambas prendas) y redes de ixtle para cargar sus cosas (Sánchez Olmedo, 1980: 62-64, 69, 76, 79-8). En San Andrés Milpillas solamente los portadores de los principales cargos hacían uso de ella destacando, entre las mujeres, que la tenanche hacía uso de un vestido de manta blanca con falda a tres holanes con vivos (hilo y encajes sencillos) en rojo, y blusa vitoriana sencilla también en manta con vivos rojos. Las pocas artesanías que se conservan consisten en los morrales bordados o de telar de cintura; las redecillas de ixtle o de fibra de plástico (rafia), y la ya escasa elaboración de ollas y cajetes tejuneros algo burdos, así como algo de cestería muy básica.

Los tepehuanes se gobiernan mediante una serie de gobernadores comunales elegidos durante el mes de noviembre por un consejo de ancianos y con el reconocimiento de las autoridades de la República Mexicana. Se cuenta también con una estructura organizativa en torno a un Capitán del Patio (de mitote), así como de las gobernantas Tenanches. Por otro lado, cuenta la comunidad con un Comisariato de Bienes Comunales y los respectivos anexos con un juez, en todo caso, dependientes del H. Ayuntamiento de Huajicori y del gobierno del Estado de Nayarit.

Xiotal y Tepehuania

Sus principales festividades religiosas, los mitotes o xiotal, se realizan al inicio y fin de las estaciones del año, principalmente antes de la estación de lluvia en mayo, de julio a septiembre o cuando ya terminan, por enero o febrero. Los mitotes duran diez días divididos en dos periodos de cinco



Porras, E. (2005). Cantador de arco (Gat). San Andrés Milpillas.

días. Durante los primeros cinco días los tepehuanes observan una estricta abstinencia. También se visten con flores, los hombres en sus sombreros y las mujeres en el pelo. Tienen devoción a la naturaleza y sus efectos; hacen que su Sol y el Dios de los cristianos dialoguen para tener buenos temporales y los alejen de los mavetes o mestizos, debido al interés de estos últimos en sus tierras ancestrales. Durante los siguientes cinco días se reúnen para rendir un culto colectivo, incluyendo el xital en el patio de mitote, danza o en círculo en torno al fuego, tanto durante el día como la noche, donde el sonido del arco musical o gat —como sus vecinos coras y mexicaneros— y la vigilia recuerdan el teponaxtle de los aztecas o el tepu de los huicholes. Cabe hacer notar que, si esta ceremonia pareció haber desaparecido como práctica desde fines del siglo XIX —cuando Karl Lumnholtz estuvo en San Andrés Milpillas—, fue tal vez como resultado del movimiento lozadeño, cuya supervivencia familiar es clara, y este aspecto habría posibilitado su renacimiento comunitario tanto en San Andrés Milpillas y San Diego del Naranjo, como en El Sonteco y El Trébol II, en su actual proceso de reposicionamiento. Respecto este último, El Trébol II en Sinaloa, destaca la incorporación de nuevas formas de “mesoamericanidad” introducidas por un antropólogo norteamericano para su participación en nuevos mercados de turismo religioso, captados desde el puerto y el aeropuerto internacional de Mazatlán hacia el lugar.

El O'dham Nayar: otro ciclo de otras circunstancias

Entonces, debe resaltarse que, si bien la Tepehuana nayarita interactúa con la duranguense del sur cotidianamente, su origen



Porras, E. (2005). Santa Cruz en las nubes. Santa Cruz de Acaponeta.

y circunstancias locales también actúan para que operen distancias y diferencias con los procesos y realidades de aquella. De esta forma, por ejemplo, aun cuando el ceremonial cambio de varas es común al inicio del año de todos los tepehuanes, el baile de tarima —como ocasión de celebración— es algo que San Andrés Milpillas comparte con sus congéneres indígenas nayaritas, mas no con los duranguenses.

Otra importante danza es la del Arco. Lenta y monótona, en ella el sonido del violín, los arcos y las sonajas constituyen una orquesta musical de gran belleza. Pero no es, como en Durango, propiamente una danza de Matachines sino una del arco, al estilo nayarita.

Por lo demás, es claro que su celebración de Semana Santa aún no se ha visto influenciada por la tendencia regional a «Judaizar» la fiesta a la manera cora, como ha ocurridos con los mexicaneros nayaritas y duranguenses; con los huicholes nayaritas (no los duranguenses ni jaliscienses), e incluso con muchos mestizos de los cuatro estados. Los nuevos procesos de mestizaje paulatino que se viven en San Andrés Milpillas —antes o más aun en Santa María Picachos, San Diego del Naranjo, San Juan Bautista y El Trébol II— nos hacen reflexionar en el futuro de los tepehuanes nayaritas en tanto el interés de apenas algunos de ellos por seguirlo “como sus mayores”.

¿Observamos entonces la extinción o solo el nacimiento de una nueva nación tepehuana en el Nayarit?